

## DE NOVELAS, CUENTOS Y OTRAS FORMAS DEL RELATO BREVE<sup>1</sup>

MARIETA CANTOS CASENAVE  
(Universidad de Cádiz)

Como hiciera hace algunos años, cuando realizaba la investigación para mi *Antología de cuentos del siglo XVIII* (2005), ahora pretendo revisar el primer corpus de relatos que reuní en aquel entonces, pero sin pasar los límites de su primera mitad, para volver a reflexionar sobre el gusto de los lectores aficionados a la narrativa breve. Dentro de esta me centraré en dos títulos que me parecen reveladores. El primero de ellos es la continuación que escribe Moraleja Navarro en 1741 de *El Entretenido* de Sánchez Tortolés, pues en él se contiene un cuento anovelado, que puede ser significativo del cambio de gusto que empieza a operarse, hacia una literatura con mayores dosis de mimesis costumbrista. El segundo es la traducción que realiza fray Miguel Sequeiros en 1742 de una colección de *Cuentos tártaros*, absolutamente novedosa en el panorama literario de la época.

Antes de ocuparme de ambos títulos, creo que conviene situarlas en su contexto literario en que se publicaron. Como ya analicé en 2005, es necesario

---

<sup>1</sup> Este estudio se inscribe en el marco del Proyecto *Historia de la literatura española entre 1808 y 1833*, del Plan Nacional de Investigación del Ministerio de Ciencia y Tecnología (FFI2010-15098). De mis publicaciones sobre este asunto, conviene traer aquí a colación: Marieta Cantos Casenave «El cuento en el siglo XVIII», *Cuadernos dieciochistas. Revista de la sociedad española del siglo XVIII*, 2002, págs. 117-137; «El cuento español en el siglo XVIII. Hallazgos y nuevas propuestas de estudio», *Literatura, cultura, media, lengua: nuevos planteamientos de la investigación del siglo XVIII en España e Hispanoamérica*, Frankfurt: Peter Lang, págs. 153-161; y *Antología del cuento español del siglo XVIII*, Madrid: Cátedra, 2005.

recordar los títulos que en este ámbito de la narrativa breve habían conocido reediciones en los Siglos de Oro y volvieron a imprimirse en el XVIII. Dicha nómina, si bien no muestra una gran variedad, sí evidencia, por el número de ocasiones en que volvieron a imprimirse, el éxito de que siguieron gozando títulos como los que siguen<sup>2</sup>:

PÉREZ DE MONTALBÁN, Juan, *Para todos*, Pamplona, 1702, s. i.; Sevilla: Imprenta Gómez, 1716, 1736. Primera edición, 1632.

RODRÍGUEZ LOBO, Francisco, *Corte en aldea y noches de invierno*, Faulí: Valencia, 1793; primera traducción española, 1622; primera edición en portugués, 1619.

SÁNCHEZ TÓRTOLES, Antonio, *El entretenido [...] repartido en catorce noches desde la de la víspera de Navidad hasta la del día de los Reyes*, Zaragoza: P. Bueno, 1701; Madrid: A. P. Rubio, 1715; Madrid: F. Martínez Abad; Madrid: P. J. Alonso Padilla, 1729; primera edición 1673.

SANTA CRUZ, Melchor de, *Floresta española de apotegmas o sentencias*, Bruselas, s. i., 1702; Madrid: A. P. Rubio, 1716; Madrid: J. A. Padilla & J. González, 1728; Madrid: Herederos de J. García Infanzón, 1751; Madrid: Ibarra, 1769, 1777; Madrid, 1787; Madrid: R. Ruiz, 1790. Desde la tercera de las ediciones citadas, con la continuación de Francisco Asensio. 1ª edición, 1574.

TIMONEDA, Juan de, *El discreto tertuliente. [El Patrañuelo]*, Madrid: M. Martín, 1759. Primera edición 1565.

TIRSO DE MOLINA, *Deleitar aprovechando*, Madrid: A. Marín, 2 vols., 1765; primera edición 1635.

Es cierto que como señalaran Begoña Ripoll y Fernando R. de la Flor, la mayor parte de esas reediciones corresponde a los treinta y cinco primeros años del siglo, fechas en que ciertamente, como han indicado estos investigadores, aún no ha comenzado la publicación de las obras mayores de Isla o Torres Villarroel, y que muestra la decadencia de una novelística –marcada por la referencia cervantina y el esquema bizantino– que debe renovarse. A dicha renovación contribuirá desde luego la influencia de la narrativa extranjera que empezará a conocerse tras la cédula de 1762, que suprimía el secuestro de libros.<sup>3</sup>

También es verdad que en algunos casos, como tuve ocasión de señalar, las reediciones alcanzan el final de siglo. Y hasta los años últimos de la centuria

<sup>2</sup> Algo que por otra parte había notado ya Guillermo Carnero en «El remedio de la melancolía y entretenimiento de las náyades: narrativa, miscelánea cultural y juegos de sociedad en las colecciones españolas de fines del XVIII y principios del XIX», en *I Congreso Internacional sobre novela del siglo XVIII*, Almería: Servicio de Publicaciones de la Universidad, 1995, págs. 23-52.

<sup>3</sup> Begoña Ripoll y Fernando R. de la Flor, «Los cien *Libros de novelas, cuentos, historias y casos trágicos* de Pedro Joseph Alonso y Padilla», en *Criticón*, 51 (1991), págs. 75-97.

siguen reeditándose colecciones de novela corta de estirpe cervantina. Muestra de esto es la impresión en 1713 del *David perseguido* de Cristóbal Lozano<sup>4</sup> que conoce hasta 1791 catorce ediciones, y los *Reyes nuevos de Toledo* del mismo autor se publican también una decena de veces desde 1716 a 1792. Matías de los Reyes será igualmente otro de los autores que conozcan especial fortuna en este siglo.<sup>5</sup> De este escritor Nifo incluyó dos novelas, *La desobediencia de los hijos castigada* y *El heroísmo de la amistad* –junto a una narración china, y las traducciones de algunos de los *Cuentos morales* de Marmontel– en su *Novelero de los estrados y tertulias. Diario universal de las bagatelas* en 1764, publicación que, como bien señalaron Begoña Ripoll y Fernando R. de la Flor, es significativa del cambio del gusto que está empezando a notarse en esta década. Una apreciación con la que estoy absolutamente de acuerdo, como ya he señalado en otras ocasiones y sobre la que cabe destacar que es una de las primeras que se destina a un público eminentemente femenino, como se aprecia en el título. Un público de lectoras al que se ofrecen narraciones barrocas junto con traducciones de obras plenamente modernas como los cuentos de Marmontel, caracterizados por su mimesis costumbrista y su moral burguesa.<sup>6</sup>

Pero no es mi propósito, como decía, traspasar las fronteras del medio siglo, por eso debo volver al catálogo de narrativa breve que ofrecía en mi Antología para llamar la atención sobre el hecho de que en estos primeros años la nómina no se limita a incluir reediciones. Efectivamente, ya a principios del setecientos se encuentran también algunas obras nuevas que, en general, se vinculan con la tradición anterior, a excepción, parcial –como a continuación explicaré– de las Gracias de la gracia<sup>7</sup>. Su autor, Juan Boneta, justifica haberla dado a la luz precisamente por no existir un libro como el suyo, si bien, asegura conocer el

<sup>4</sup> Sobre este autor puede verse el libro de Elena Liverari, *Narrativa barroca. Le «Soledades de la vida y desengaño del mundo» di Cristóbal Lozano*, Roma: Bulzoni ed., 2000. También 1702 del *Para todos* de Juan Pérez de Montalbán, que se publicará al menos en tres ocasiones a lo largo del siglo; una de ellas en 1734 con el título de *Svcessos, y prodigios de amor [Texto impreso]: novelas ejemplares...: añadidas ahora nuevamente las tres Novelas, que están en su Para-Todos*. En 1703 las *Novelas ejemplares* de Cervantes, que se reeditarán al menos en nueve ocasiones; en 1705 se reeditan las *Novelas amorosas y ejemplares* de María de Zayas, con once ediciones completas a lo largo del siglo; y otras parciales hasta alcanzar al menos la veintena; en 1709, los *Varios prodigios de amor en once novelas ejemplares* de Isidoro de Robles, y el *Divertimento del ocio y novela de las novelas*, de Francisco Sánchez Asensio que vio la luz en 1727.

<sup>5</sup> Antonio Fernández Insuela, «Textos para la historia del cuento tradicional en el siglo XVIII», en VV. AA., *Homenaje a Francisco Aguilar Piñal*, Madrid: CSIC, 1996, págs. 337-346. También J. Álvarez Barrientos, *op. cit.*, pág. 110.

<sup>6</sup> Cfr. Marieta Cantos Casenave, *op. cit.* (2005).

<sup>7</sup> Cfr. Juan Boneta, *Gracias de la gracia* (1706), 1718, 1719 –ed. corregida y enmendada, L. Francisco Mojados, Madrid–, 1723, a costa de José Antonio Pimentel, mercader de Libros, 1728, 1735, 1743 –edición corregida y enmendada cuarta impresión, Madrid: Alonso de Padilla– y Barcelona: Joseph Altés, 1746.

parentesco que vincula su obra con otras que reúnen apotegmas de gentiles, faccias de filósofos antiguos y dichos similares. Pero, como decía la obra de Boneta, es casi una excepción, pues el resto de los títulos nuevos que conforman el listado evidencia su clara inserción en la tradición de la miscelánea barroca, como ha estudiado ya Guillermo Carnero en diversas ocasiones<sup>8</sup>.

Se trata de las obras de Francisco Asensio<sup>9</sup>, concretamente los dos volúmenes de su Floresta (1730 y 1731), que él mismo vincula con la Floresta española de apotegmas o sentencias sabias y graciosamente dichas por algunos españoles que Melchor de Santa Cruz había publicado en 1575. En este sentido, su obra se ocupa más del material folclórico próximo a la tradición oral o al cuentecillo jocoso que puede adoptar diversas formas literarias, que de otro tipo de material. Si Melchor de Santa Cruz incluía en capítulos separados las sentencias o dichos de Pontífices, Cardenales, y toda la clase religiosa, hasta llegar a los frailes, y abría la segunda parte con los Reyes, seguida de los Caballeros, hasta llegar al apartado de dichos de mujeres, dichos extravagantes, de niños, de viejos, de enfermos, etc., (en 235 páginas), Asensio seguía la misma pauta, pero añadiendo más ejemplos. En esta misma tradición cabe examinar el Deleite de la discreción y fácil escuela de la agudeza (1749), de Bernardino Fernández de Velasco y Pimentel<sup>10</sup>, cuya obra contiene diversos chistes clasificados según el objeto de la ridiculización o sujeto de la agudeza y que tras el capítulo 6, en el que incluye los tradicionales chistes de locos, incluye un séptimo con rasgos de ingenio debidos a personas de cualquier clase, así como un octavo con agudezas de santos y santas, en paralelo, por cierto, con las Gracias debidas a Boneta.

Como han estudiado Fernández Insuela<sup>11</sup> y Ríos Carratalá<sup>12</sup>, estas misceláneas conviven por una parte con los piscatores y almanaques que incluyen material folclórico con abundante presencia de ingredientes narrativos. Existen ejem-

---

<sup>8</sup> Cfr. Guillermo Carnero, «El remedio de la melancolía y entretenimiento de las náyades: narrativa, miscelánea cultural y juegos de sociedad en las colecciones españolas de fines del XVIII y principios del XIX», en *I Congreso Internacional sobre novela del siglo XVIII*, Servicio de Publicaciones de la Universidad, 1995, págs. 23-52 y *Estudios sobre narrativa y otros temas dieciochescos*, Salamanca: Ed. Universidad de Salamanca, 2009.

<sup>9</sup> Cfr. Francisco Asensio, *Segunda parte de la floresta española y hermoso ramillete de agudezas, motes, sentencias y graciosos dichos de la discreción cortesana, recogidas por Francisco Assensio a continuación de las que imprimió D. Melchor de Santa Cruz*, Madrid: Imprenta J. González & Imprenta, M. Martínez, 1730; y *Tercera parte de la floresta española y hermoso ramillete de agudezas, motes, sentencias y graciosos dichos de la discreción cortesana*, Madrid: Imprenta Manuel Martínez, 1731; reimpresión conjunta en un solo volumen en la imprenta de Joaquín Ibarra en 1777.

<sup>10</sup> Cfr. Bernardino Fernández de Velasco y Pimentel, *Deleite de la discreción y fácil escuela de la agudeza*, 1749.

<sup>11</sup> Antonio Fernández Insuela, «Sobre la narrativa española de la Edad de Oro y sus reediciones en el siglo XVIII», *Revista de Literatura*, LV, 109, págs. 55-84.

<sup>12</sup> Cfr. Juan Antonio Ríos Carratalá, «Notas sobre el ocio en la prensa dieciochesca», en *Estudios de Historia social*, 52/53 (enero-junio 1990), págs. 397-403.

plares en la Biblioteca Municipal de Madrid de títulos como *El Piscator con anteojos*; y *Almanak para el año 1732 de Fermín de Estrada Junco y Ezpeleta*, *El jardinero de los planetas y piscator de la corte para el año de 1746: pronostico historico-politico... adornado de varias... noticias... de la... coronada villa de Madrid, su fundador, la de sus conventos, iglesias... con otras curiosidades... / su author D. Joseph Patricio Navarro...*<sup>13</sup>; pero, al mismo tiempo que se ponen de moda, empiezan a publicarse algunas parodias al modo del *Piscator seri-jocoso* intitulado *El nacimiento del año nuevo de MDCCXLVIII: narracion divertida del modo con que nació el Año referido, con la asistencia de dioses, diosas, ninfas ...*<sup>14</sup> (1747?) del mismo Moraleja, que presenta adornado de «exquisitos cuentos para reír», esto es, anécdotas, historias breves o cuentecillos jocosos «para que pudiesen tener algún recreo por las noches los aficionados al amor de la lumbre». Esto no impide que ellos mismos, u otros autores, traten de ofrecer una literatura amena sin caer en lo burlesco. Buen ejemplo de esto son *El aparador del gusto. Deleitoso país de curiosos refranes, chistes... (1755 y 1757)*<sup>15</sup>, y *El jardín de los donaires y vergel de las delicias. Selva amenísima de floridos conceptos, equívocos agudos, donosos chistes, graciosas poesías, sentencias elegantes, sucesos peregrinos, satíricos motes y divertidos sazonados cuentos* (1756), ambos del afamado José Julián de Castro<sup>16</sup>, y, en la misma tradición, *la Abeja racional en el jardín de los donayres, vergel de las delicias... (1756)* de Pedro Ximénez y Fernández<sup>17</sup>.

Como ya indicara Aguilar Piñal<sup>18</sup>, lo cierto es que la prohibición en 1767 de estos almanaques y piscatores, en un momento en que cuando aún puede decirse que la prensa española está iniciando sus primeros balbuceos, obliga a los lectores aficionados a la narrativa breve a satisfacer sus deseos en otra parte, ya sea propiciando con su demanda la reedición de misceláneas y colecciones barrocas,

<sup>13</sup> Cfr. Joseph Patricio Moraleja y Navarro, *El jardinero de los planetas y piscator de la corte para el año de 1746: pronostico historico-politico... adornado de varias... noticias... de la... coronada villa de Madrid, su fundador, la de sus conventos, iglesias... con otras curiosidades... / su author D. Joseph Patricio Navarro*.

<sup>14</sup> Cfr. Joseph Patricio Moraleja y Navarro, *Piscator seri-jocoso intitulado El nacimiento del año nuevo de MDCCXLVIII : narracion divertida del modo con que nació el Año referido, con la asistencia de dioses, diosas, ninfas ... / su autor ... Joseph Patricio Moraleja y Navarro, Madrid: Librería de Luis Gutierrez ..., [s. a., 1747?]*.

<sup>15</sup> José Julián de Castro, *El aparador del gusto. Deleitoso país de curiosos refranes, chistes...*, Madrid, 1755 y 1757.

<sup>16</sup> José Julián de Castro, *El jardín de los donaires y vergel de las delicias. Selva amenísima de floridos conceptos, equívocos agudos, donosos chistes, graciosas poesías, sentencias elegantes, sucesos peregrinos, satíricos motes y divertidos sazonados cuentos*, Madrid: Imprenta del autor, 2 vols., 1756.

<sup>17</sup> Cfr. Pedro Ximénez y Fernández, *Abeja racional en el jardín de los donayres, vergel de las delicias...*, Madrid, 1756.

<sup>18</sup> Cfr. Francisco Aguilar Piñal, *La prensa española en el siglo XVIII, diarios, revistas y pronósticos*, Madrid: CSIC, 1978.

o buscando en otros títulos que tratan de dar continuidad a esta tradición, como el que ofrece el escribano José Patricio Moraleja Navarro, autor de algunos de los piscatores que acabo de mencionar, y también de *El Entretenido*<sup>19</sup> (1741), en que me detendré a continuación.

El autor muestra su conocimiento de la tradición en la que se inserta, al explicar la deuda de su obra que la hace «pariente del que engendró Antonio Sánchez Tórtoles, en el año 1671», afirmación que es fácil de verificar. Efectivamente, al igual que la obra de Tórtoles, la de Moraleja se halla dividida en cuatro sesiones de «Academia», que pretenderían completar las que quedaron inacabadas de Tórtoles y que responden, por la variedad de su contenido al género misceláneo, pues, como señala su autor: «hallarás todo genero de prosa, y verso, serijocoso, y burlesco». Tal diversidad se presenta, del mismo modo que la obra que le sirve de modelo, en el marco de una conversación que mantienen todas las noches en este caso tan solo seis personajes, pues no hacen falta más para completar el contenido de las cuatro academias. Así intervienen en estas tertulias, Don Crisanto Pérez, Don Calixto León y Don Antolín Requena, en casa de Don Ricardo del Rey, acompañados además de «Doña Isabel Ferrer, y Doña Eusebia Covarrubias, dignísimas Consortes de los dos últimos, en las cuales concurrían los agradables y apreciables dones de hermosura, y sabiduría, en tal grado, que por no tener símil, eran émulo de si mismas».

Como sucede en la obra de Sánchez Tórtoles, *El Entretenido* contiene material cultural de muy diverso tipo. Lo mismo encontramos información relativa a la naturaleza de algunos animales, como al uso y reparación de los relojes o a las grandezas y antigüedades de Madrid,<sup>20</sup> pero, al contrario de lo que ocurre en la obra barroca, donde solo hay presencia de algunas fábulas, entre la producción en prosa narrativa que incluye Moraleja se encuentra «un cuento anovelado con una boda muy divertida» (pág. XVII). Se trata del relato de *Don Crisanto. Cuento muy curioso en forma de novela* que sigue a la oración que abre la sesión de Academia del día 3 de enero (págs. 12-52). Aunque la extensión del relato a lo largo de cuarenta páginas pudiera acercarla a la novela, lo cierto es que en realidad la narración puesta en boca de Crisanto se vuelve tan extensa gracias a la cantidad de seguidillas, sonetos, décimas, relaciones, liras, etc., que van adobando el discurso del narrador. Como no tengo noticias de que este título

---

<sup>19</sup> José Moraleja Navarro, *El entretenido. Segunda parte. Miscelánea de varias flores de diversión y recreo, en prosa y verso, adornadas de diversas relaciones serias, burlescas y seri-jocosas, entremeses, novelas, seguidillas y otras muchas noticias curiosas para el gusto de los aficionados*, Madrid: Gabriel Ramírez, 1741.

De este autor también me ocupé en mi antología, *op. cit.* (2005), donde he observado que algunas veces aparece con su nombre correcto Moraleja Navarro y en otras incorrectamente como Moraleja Escribano, siendo esta última su profesión, como es conocido.

<sup>20</sup> Cfr. Guillermo Carnero, *op. cit.* (2009), pág. 113.

haya sido objeto de estudio con anterioridad, voy a tratar de resumir en unas pocas líneas el hilo argumental, al tiempo que trataré de dilucidar qué tiene de cuento y qué de novela, siguiendo las teorías de Maxime Chevalier<sup>21</sup>.

La relación que hace Crisanto en primera persona tiene como origen su nacimiento en Zaragoza, que debe abandonar para huir a Toledo cuando, al enterarse de la muerte de su padre y, dado que su albacea le niega la legítima, le da muerte en su lucha para recuperar lo suyo. En la capital toledana conoce a la bella dama doña Camila que tiene rendidos a varios caballeros de la ciudad. Gracias a la intervención de un lacayo de doña Camila, consigue entrevistarse en algunas ocasiones con la joven, pero por una casualidad queda encerrado en el aposento donde solía reunirse con ella, justo cuando se supone que no hay nadie en la casa. En un lugar contiguo descubre a una joven aún más hermosa, queda prendado de ella y se decide a abandonar su encierro para poder cortejar a la joven Estela. El destino quiere que sufra un accidente y llame la atención de los vecinos que tratan de atacarlo, pero, viendo su lastimoso estado y que su figura no es sospechosa, le dan cobijo y aun escuchan la patraña que les cuenta, pintándose víctima del robo de su criado. Habiendo logrado convencer a su auditorio sale a la calle, cuando es apresado por unos caballeros que dicen haber hallado en él al ladrón de la joya de una señora que resulta ser Camila. Lo conducen a la casa y el padre se dispone a llevarlo a la cárcel, Camila sufre un desmayo y el padre la encuentra en brazos de él, por lo que se dispone a matar a su hija, para salvar el honor. Crisanto lo golpea y sale de la casa con Camila desmayada, para alojarla en la casa más próxima, que no podía ser sino –otra casualidad– la de Estela. Hasta allí llega la persecución del corregidor de la ciudad que lo manda a la cárcel, donde se encuentra acusado de robo, secuestro de Camila y ataque a su padre. Estela le escribe indicándole cuáles deben ser las falsedades que aseguren su coartada y libertad. Crisanto le responde jurándole amor y al instante recibe recado de Camila, quien también se muestra rendida y aun dispuesta a ingresar en clausura si Crisanto no sobrevive. Éste le responde igualmente rendido y le pide le envíe vinagre de forma encubierta. Una vez despachado el correo se dispone a cantar unas seguidillas (págs. 21-22). Recibe entonces el vinagre y, llegada la noche, con el vinagre y un clavo, hace un agujero en la pared más endeble, por donde puede huir y ocultarse en el convento de San Juan de los Reyes, donde logra hacerse con un hábito. Al darse cuenta al día siguiente de que había dejado las misivas de sus damas en la cárcel, vuelve por los papeles. Logra salir sin despertar sospechas y, de nuevo en el convento,

---

<sup>21</sup> Cfr. Maxime Chevalier, *Folklore y Literatura: El cuento oral en el Siglo de Oro*, Barcelona: Editorial Crítica, 1978 y, especialmente, su artículo «*El cautivo* entre cuento y novela», en *NRFH*, XXXII (1983), reeditado en *Cuento tradicional, cultura, literatura (siglos XVI-XIX)*, Salamanca: Universidad de Salamanca, 1999, págs. 105-112.

se confiesa con el padre Guardián, quien le da hospedaje durante más de dos meses. En la iglesia de dicho convento lo encuentra el lacayo de Camila y así las damas logran nuevamente enviar sus respectivos recados y esperar a que Crisanto pueda entrevistarse con ellas. Al cabo de los días acude, disfrazado de peregrino, a la casa de Camila y se entrevista separadamente con cada una de las damas; pero, cuando salía ya de madrugada, ve acercarse al corregidor, el alguacil y el escribano, con el tiempo justo de hacerse el dormido. Aunque es despertado e interrogado, Crisanto logra engañarlos diciéndoles que viene de las montañas de Burgos y que en el camino desde Madrid había oído que allí había llegado un caballero cuyas señas coincidían con las de aquel por quien preguntaban. Habiéndoles convencido se dispone a huir a Málaga, donde sienta plaza de pobre hasta que secuestrado con otros por unos berberiscos es llevado a una fragata con destino a Constantinopla donde es vendido en subasta pública.

Allí conoce a algunos esclavos cristianos y entre ellos a un madrileño algo poeta que escribe un soneto (pág. 26), que publicado en el lugar le ocasiona prisión y sentencia de muerte, por ser contrario al poder. El madrileño consigue, introduciendo algunos cambios, convencerles de su sentido contrario y logra ser liberado, recompensado e incluso premiado con la libertad de un compañero. El madrileño Anselmo escoge a Crisanto por compañero y con él llega a Persia, donde repite la misma estratagema y consigue ser recompensado aún más ricamente, de modo que decide repetir experiencia en tierras del gran Mogol, donde logra igual fortuna. Desde allí llega a la ciudad y puerto de Cádiz. Allí son acogidos por un comerciante, colega de Anselmo, que los invita a hospedarse en su casa y a permanecer en ella hasta que se celebre la boda de su hija, lo que da pie al narrador a introducir una extensa «relación de boda», en la que se insertan una serie de décimas que ensalzan el brindis, las porciones (presas) de alimentos, etc. y otra serie de versos jocosos que, según pretende el narrador deben servir para animar cualquier boda, incluidas unas liras a una pulga curiosa, que servirán de pie a las décimas que amenizan el consiguiente sarao, compuesto de minuet y contradanza. A estas sigue otra serie de versos y termina con un par de seguidillas que introducen el baile del Fandango que dan fin a la jornada.

Al día siguiente Anselmo y Crisanto salen de Cádiz rumbo a Sevilla, donde conocen a unos nobles que los divierten con un debate a partir de la duda expuesta en una redondilla. El nuevo día les llega en Zaragoza, donde una nueva casualidad los hace alojarse en una posada en la que encuentran a la madre de Estela, acompañada de su hija. La madre les informa de su viudedad y Crisanto aprovecha la circunstancia para presentarse como antiguo amigo de su difunto esposo y, tras conocer por Estela que Camila ha ingresado en un convento al desconocer el paradero de su amado, consigue de la viuda el permiso para desposar a Estela. Tras la boda, Anselmo revela su verdadera personalidad y se despide de él para dirigirse a su ciudad natal, Logroño, con lo que se cierra la narración.

Por consiguiente, de las cuarenta páginas por las que se extiende el cuento, diecinueve, es decir, casi la mitad corresponden a la relación y versos que pueden servir de «reglas» para cualquier función de boda. En todo caso, es cierto que el curso del cuento sigue en cierto modo el esquema del relato bizantino, pero, en este caso, el narrador protagonista solo nos informa de sus propias peregrinaciones y aventuras, sin que asistamos a ninguna exaltación amorosa propia de las novelas de este género. Cabe pensar, por una parte, que la brevedad del cuento limita estas posibilidades y, por otra, que el narrador prefiere centrar el excursus en los versos propios de una función de boda con idea de que pudieran servir para amenizar cualquier otra reunión nupcial, de modo que esta parte pudiera utilizarse por separado, sin que necesariamente hubiera de leerse el resto del cuento. Ahora bien, a pesar de la afirmación de Moraleja, de que se trata de un cuento novelado, el crítico debe examinar qué puede quedar del posible cuento original. Siguiendo una vez más las teorías de Chevalier<sup>22</sup>, es posible que el relato del secuestro y cautiverio procedan de la tradición oral, pues no cabe duda de que la liberación de los cautivos es tema propio de un subgénero de la narrativa tradicional del Siglo de Oro, liberación que, por otra parte, se debe a la agudeza de Anselmo, que reúne así un rasgo propio de muchos personajes de la tradición oral, pero es evidente que el resto de los lances se adecúa al género novelesco y coinciden con él los siguientes aspectos: ubicación realista de la narración y acción moderna—condiciones que Chevalier ha señalado como propias del género novelesco que va arrumbando al cuento—y, si bien la pintura de las enamoradas aún pudiera deber, por su simplicidad, a una posible procedencia de la tradición oral, es indudable que lo novelesco pesa más en el relato y no solo ya por el material folclórico añadido. En cualquier caso es evidente que las fronteras del cuento aún no están claras y también que, como ya señalé años atrás, el cuento literario va a tomar el rumbo de la novela corta.

En cualquier caso, este «un cuento anovelado», cuestiones de género aparte, no hace sino redundar en el interés que caracteriza a buena parte de estas misceláneas de asegurar la complicitad de un público mayoritariamente femenino, aunque sin excluir al de los jóvenes mancebos, y así, además de los materiales culturales que invitan a abonar el posible interés instructivo del público lector, lo cierto es que la relación de boda y, sobre todo, la pintura que se hace de las mujeres en la historia de Crisanto parece contrarrestar esa incipiente participación de las mujeres en el mundo de la sociabilidad literaria, al trazar unos personajes que prácticamente se limitan a ser objeto de la ambición masculina.

Caso muy distinto es el del volumen de relatos traducidos por el agustino Miguel de Sequeiros, *Los mil y un cuartos de hora: Cuentos tártaros traducidos del idioma francés al español*, que vio la luz en 1742, es decir un año después

---

<sup>22</sup> *Op. cit.* (1999).

de la obra de Moraleja y que, sin embargo, resulta ser una colección realmente novedosa, por insertarse en la línea de los cuentos enmarcados de *Las mil y una noches* y ofrecer por primera vez al público español de esta centuria una estupenda reunión de relatos orientales. A pesar de tratarse de una traducción, creo que merece la pena su examen detenido, pues, si bien fue rara en esta primera mitad del siglo, presuntamente por la novedad de su propuesta, también es verdad que fue reeditada a final de la centuria –en que ya el cuento oriental era una modalidad relativamente frecuente– y de nuevo a principios del XIX.

Pocos datos se conocen acerca de su autor, pero, según informa el Licenciado Vicente Ventura de la Fuente y Valdés, Abogado de los Reales Consejos, en su censura, Sequeiros era Maestro de Sagrada Teología, Rector electo de su Colegio de Alcalá, había sido Prior de los Conventos de Santiago y Bilbao, Teólogo, Examinador Sinodal de la Nunciatura, y residente en el Real Convento de S. Felipe de Madrid.<sup>23</sup> Además, había dado a la luz pública en 1741 el *Anteojó de larga vista Aristotélico*, traducción de una obra italiana a la que Sequeiros había añadido «dos tratados de conceptos predicables y emblemas». Es decir, además de ser experto en lenguas, como reconocen sus coetáneos, también era aficionado a la literatura emblemática. Al tiempo que ensalza la calidad sin igual de *Los mil y un cuartos de hora*, Ventura de la Fuente emparenta el contenido de este libro con las fábulas, precisamente por la moralidad que, en su opinión, se puede deducir de sus historias y aun recuerda, incidiendo en dicho carácter moralizante, que también las parábolas se utilizan en las Historias Sagradas para persuadirnos mediante analogías a seguir el buen camino. Concluye finalmente que Sequeiros compuso su obra «para el honesto recreo de los sentidos, y para sacar de él morales desengaños de raros casos, que persuaden el escarmiento, al honor de seguirlos, y otros raros acontecimientos, en que se puede tomar doctrina, y ejemplo para saber portarse en diferentes lances que hoy suelen suceder en la misma forma».

La censura del también agustino fray José Cerdán persigue igualmente el camino de las utilidades que pueden hallar los lectores de cualquier índole:

El P. M. Fr. Miguel de Sequeiros en *un Mil y un Cuartos de Hora* nos mueve las aguas, para que en cada Cuarto encuentren todos la salud: el ocioso se hallará divertido en el retiro de su casa; el Padre de familias la crianza de sus hijos; las Madres á sus hijas, no sean ventaneras; el Mancebo, en sus pretensiones, honesto, y cortés; el Predicador muchas moralidades, para dirigir las almas al último fin.

---

<sup>23</sup> Gonzalo Díaz Díaz lo supone nacido en Galicia probablemente a finales del XVII y como fallecido en 1743. En ese caso, nada tendría que ver con la reimpresión de 1789. Cfr. *Hombres y documentos de la filosofía española*, CSIC, 2003, vol. 7, pág. 286.

Así se comprueba, además, que el público objetivo al que iba dirigida esta obra era el conformado por el lector sencillo y, las más de las veces, el grupo familiar, aunque no necesariamente tuviera que ser leído en el ámbito doméstico; si bien es muy probable que pudiera servir de entretenimiento en las tertulias. Por su parte, el doctor Benito Casal y Montenegro, que no esconde su afecto hacia el traductor, sitúa esta obra en el género de la literatura doctrinal, y asegura que la obra consiste en «un ramillete de muchos buenos dichos, de gran número de máximas morales, y políticas, provechosas para todos». Afirma, además, que se trata de un género que tiene su precedente en la Antigüedad Clásica, desde Hesíodo a Esopo, sin olvidar a Cicerón y Homero. Por otra parte, señala que este género está de moda en el extranjero y que mientras en Italia se aprecian los libros que contienen «*Faceti, Moti, Burle*», en Francia triunfan los de «*Galan*», es decir, Antoine Galland (1646-1715), autor de la primera traducción de *Las Mil y una noches*, publicada en Francia entre 1704 y 1717. Finalmente, Casal, incidiendo en la línea del deleitar aprovechando, concluye: «Desde luego aseguro a los lectores muchos Cuartos de Hora buenos, divertidos, y provechosos: y lo más admirable es, que la juventud hallará que aprender, la senectud con que divertirse, los Doctos que admirar, los Cortesanos muchas máximas irreprehensibles, que puedan practicar, y todas en cualquier fortuna doctrina saludable», lo que subraya, por otra parte, que la obra no invita a una lectura de corrido sino a una degustación parcelada y saboreada en los distintos ratos de ocio. Por último, Sequeiros, subraya también la intención moral de su obra cuando recomienda al lector que se aproveche «de la moralidad que se infiere de estos Cuentos Tártaros, por ser mi fin exponerlos, para que de ellos se saque el jugo del escarmiento, del temor, y de saber seguir lo bueno, y huir de lo malo».

Aunque Casal sitúa la obra de Sequeiros en la línea de Galland, *Les Contes et Fables indiennes de Bidpai et de Lokman*<sup>24</sup> muy conocido también en estas fechas por la versión que hizo de las *Mil y una noches*, lo cierto es que la suya es traducción de *Les Mille et un quarts d'heure. Contes Tartares*, publicados por Thomas S. Guelette en 1715, reimpresso en 1723 y de nuevo, pero bastante ampliado, en 1753 y 1786, donde consta de LXXXIX cuartos de hora, tal como aparece también en el volumen 21 de la colección *Cabinet des Fées ou Collection choisie des Contes des Fées et autres contés merveilleux, ornés des figures* (Géneve, 1786). La obra de Sequeiros, publicada en dos tomos en 1742, contiene setenta y cuatro cuartos de hora, de los cuales el primer volumen está integrado por treinta y cinco de ellos, mientras el segundo tomo se inaugura en el XXXVI cuarto de hora, mientras el segundo tomo se inaugura en el XXXVI cuarto de hora y se cierra con el LXXIV.

<sup>24</sup> Cfr. M. Galland, *Les Contes et Fables indiennes de Bidpai et de Lokman traduites de Ali-Tchelebi-ben-Saleh, auteur turc; oeuvre posthume, par M. Galland*, París, 1724, 2 vols.

Por otra parte, los *Cuentos tártaros* se presentan insertos en un cuento marco, con una estructura de *mise en abîme*, que M.<sup>a</sup> Jesús Lacarra ha señalado en el *Sendebâr* y otros relatos medievales de origen oriental<sup>25</sup>. La historia de este cuento marco o marco novelesco, al igual que tantos cuentos maravillosos, se inicia antes del nacimiento del héroe. Un oráculo predice, durante la preñez de la madre, esposa favorita del rey, que el hijo que espera pondrá en peligro la vida del padre. Pero el lector no conoce esto al principio, sino la «Historia de Schems-Eddin», un niño hallado por un derviche o dervis, residente en la capital de Astracán, a orillas del Volga, que es recogido de las aguas donde pescaba. El niño es entregado a un sastre, cuya mujer había parido una niña que había muerto al poco de nacer. Lo que sigue es una serie de sucesos que dan origen a la escena, primero, del intento del hijo, ya adulto y convertido en sastre virtuoso, de matar a quien ignora que es su padre y, segundo, del reconocimiento, cuando, al ser reducido por el intento de asesinato, es obligado a desnudarse. Al quedar al descubierto una mancha en forma de granada bajo el pecho derecho del joven, la mayor de las damas lo reconoce como hijo suyo y asegura ser la única culpable de lo ocurrido, pues, porque así lo había querido la providencia y, a pesar de los esfuerzos del Rey por evitarlo, todo se ha cumplido según había predicho el Astrólogo. El rey, asombrado, manda vestirse a los culpados y ordena a la dama que aclare el enigma. Así con el relato de esta mujer, empieza la «Historia de la Sultana Dugmé» que cuenta el origen de lo ocurrido. Siendo esposa favorita del rey, le predijeron que había de parir un hijo que sería el causante de la muerte de su padre.

Por tanto, se trata de un relato de corte edípico, que recuerda también a la historia de Segismundo, de *La vida es sueño*, que tiene a su vez origen en una fábula oriental, pero el cuento tártaro se complica más pues, cuando el rey se dispone a ordenar la muerte de su heredero, la sultana da a luz a una niña, de modo que el rey decide cortar la cabeza al astrólogo, al pensar que ha errado en su horóscopo. Al poco de salir de la habitación, la sultana siente nuevos dolores y es entonces cuando nace un niño. La sultana encarga a la mujer que le había asistido en el parto que le busque un ama que lo críe. La mujer será asesinada en el camino, pero el niño vive y así es hallado por el derviche. Prosigue a continuación la historia de Schems-Eddin, que luego será reconocido como hijo por el rey de Astracán y nombrado heredero suyo, al tiempo que le entrega a la joven Cebd-el-Caton como esposa.

Cabe señalar que Cebd-el-Caton era hasta ese momento favorita del rey, pero lejos de corresponder al monarca, al que rechazaba, amaba en cambio apasio-

---

<sup>25</sup> Cfr. *Sendebâr*, ed. M.<sup>a</sup> Jesús Lacarra, Madrid: Cátedra, 1989, págs. 23-24; también M.<sup>a</sup> Jesús Lacarra, *Cuento y novela corta en España*. 1. *Edad Media*, Barcelona: Crítica, «Páginas de Biblioteca Clásica», 1999.

nadamente al sastre, cuya fama y comercio había llegado hasta los habitantes del palacio real, sastre que será en realidad el príncipe que le estaba destinado. Es más, al contrario de lo que suele ocurrir en la cuentística oriental y en su pervivencia en occidente, Cebed-el-Caton, la favorita, no es una mujer malvada, ni pretende ocupar el lugar de la madre del héroe, pues precisamente lo que siente es el mayor desapego por el monarca, aunque este rechazo es ignorado por el héroe, incluso cuando se debate entre el deseo y el amor, entre la vida y la muerte, a lo largo de su enfermedad que le provoca dejar de ver a Cebed-el-Caton.

Aun así, es la muerte del rey, a causa de la herida infligida por Schems-Eddin, la que resolverá el conflicto. A pesar del dolor que queda en el joven, al conocer que ha matado a su propio padre, se celebran las bodas de los jóvenes. Pero el tiempo pasa sin que el joven rey logre aliviar su pena y así, en compañía de su esposa, emprende un viaje a la Meca. Realizados allí el ritual del sacrificio de los corderos, Schems-Eddin se siente purificado y se une a una caravana que se dirige al Cairo, pero en el camino Cebed-el-Caton sufre unas violentas fiebres que la ponen a las puertas de la muerte y, en ese estado, recomienda a su esposo que se disponga a sufrir las mayores aflicciones, pues ha recibido un aviso del Profeta en que le asegura la conveniencia de «que los Príncipes pasen algunas desgracias; la mala fortuna purifica su virtud, con lo que saben reinar mejor».

El viaje, común a buena parte de las historias que se contienen en los *Cuentos tártaros*, es un motivo tradicional que también se encuentra en las *Mil y una noches*. En esta clásica colección, los hermanos Shariar y Shahzaman inician un viaje, tras descubrir la infidelidad de sus respectivas mujeres —el segundo ha dado muerte por ello a su esposa— y a fin de dotar de sentido a sus vidas.<sup>26</sup> Es decir, se trataría de una forma de intentar alcanzar la sabiduría y la madurez personal; no obstante, el resultado es diferente a lo esperado, pues lo que aprenden los hermanos de las *Mil y una noches* es más ejemplos sobre la infidelidad de las mujeres. Así, a su regreso, Shariar decide dormir cada noche con una nueva esposa virgen a la que matará al día siguiente. Es en este punto donde aparecerá Sherezade.<sup>27</sup> De forma paralela, el viaje de Schems-Eddin en los *Cuentos tártaros* debe servirle, según le ha advertido el Profeta a través de su esposa, para purificarse y convertirse en un buen monarca. Pero el aprendizaje será largo.

Efectivamente, las desventuras de Schems-Eddin no acaban tras la muerte de Cebed-el-Caton, pues, en el camino de vuelta, su caravana es atacada por unos beduinos que les roban y asesinan, dejando solo a Schems-Eddin, malherido y sin el cadáver de su amada. El magnífico ataúd que el joven rey había encargado hacer, para llevarla a su palacio y embalsamarla, es robado junto con otras pertenencias. Más tarde, cuando, en el mayor estado de postración, logra volver a su

<sup>26</sup> Cfr. Leo Pozo, *Sobre las Mil y una noches*, Buenos Aires: Ed. Dunken, 2006, pág. 58.

<sup>27</sup> *Ibid.*

reino, se encuentra con que su cuñado el Visir, a quien por voluntad del rey padre había casado con su hermana, ha usurpado el trono, no sin antes haber matado a su madre y a su hermana. El visir ordena que lo encierren y lo dejen ciego, pero los súbditos terminarán por rebelarse y devolver a Schems-Eddin al trono.

Restaurado ya en su gobierno, a través de uno de los cirujanos que es llamado para curar su ceguera, recibe la noticia de la existencia de un pájaro de la isla de Serendib que, según un manuscrito arábigo, produce un licor blanco que puede devolverle la vista. El licor, no obstante, ha de ser obtenido por la mujer de un ciego que nunca hubiera sentido deseo de traicionar el amor de su esposo y para ello debía superar una prueba, que podía llevarla a una muerte muy dolorosa. Se trata de subir al monte donde habita el pájaro, trepando por una serie de árboles cuyas hojas se vuelven cuchillos si quien sube por ellos no es virtuoso. Aunque todos se burlan de la historia del médico Abubeker, este decide emprender un largo viaje para probar la existencia del remedio revelado en el manuscrito. Schems-Eddin, agradecido, se ofrece a hacerse cargo de su mujer y su hijo, si a los tres años no ha vuelto del viaje. Mientras, el rey decide dejarse ver por sus súbditos solo una hora hasta la vuelta del médico y reparte esta hora en diversas ocupaciones. El primer cuarto de hora lo dedica a hacer públicamente sus oraciones, el segundo y el tercero a hacer limosnas y el último a entretenerse mediante la conversación.

Pasan dos años y lo médicos cada vez ven más difícil entretener al Rey. Uno de ellos dice al Visir Mutanhid haber oído jactarse al hijo de Abubeker, Ben-Eridoun, de que él solo era capaz de entretener a Schems-Eddin, y así Mutanhid le hace la propuesta de que se disponga a servir en esto al rey, bajo la amenaza de cortarle la cabeza si no cumple y, por el contrario, concederle una buena suma de dinero por cada día que lo consiga. Ben-Eridoun acepta solo por el honor de servir a su rey, negándose a aceptar dinero alguno como recompensa. Así empiezan las historias de los cuartos de hora, en que Ben-Eridoun narra las historias que ha leído en los libros y que es capaz de recordar vivamente por la enorme capacidad de su memoria.

En los *Cuentos tártaros*, como en las *Mil y una Noches*, existen varios narradores internos, de los que dos son los principales. El primero de ellos, la sultana Dugmé, cuya historia pone en antecedentes al lector de la verdadera identidad y origen de Schems-Eddin. El segundo, el hijo del médico Abubeker, que asumirá las funciones relatoras que en las *Mil y una noches* corresponden a Sherezade. Ahora bien, si es cierto que igual amenaza mortal se cierne sobre las cabezas de esta y de Ben-Eridoun, también es verdad que tales amenazas no proceden en el caso de los cuentos tártaros del destinatario de las historias, sino de un personaje secundario. En realidad, Ben-Eridoun satisface aquí una necesidad distinta, la de cubrir la espera hasta el regreso de su padre, y más concretamente el tiempo que el rey dedica al ocio conversacional. De hecho, en alguna ocasión el rey

discrepa de la facilidad con que se ha resuelto alguna historia, como sucede en «Historia de Cheref-Eldin, hijo del Rey de Ormuz, y de Gul-Hindy, Princesa de Tuluphan», donde, según observa el rey, ha sido demasiado fácil para Cheref-Eldin apoderarse del anillo del malvado genio Zlúloú, una responsabilidad que el narrador dice no ser suya, y, por otra parte, el rey reconoce que es el que mejor lo distrae. Y no es extraño que así suceda, puesto que Ben-Eridoun hilvana una historia tras otra, según se lo demanda el rey y dispone de tiempo, dando voz en ocasiones a otros personajes que cumplen a su vez nuevas funciones narrativas al contar sus propias aventuras y sobre todo desventuras.

Dada, pues, la complejidad narrativa, conviene tener en cuenta la estructura de la colección y conocer cuáles son y cómo se suceden e intercalan los cuentos que se contienen en los dos tomos de los *Mil y un cuartos de hora*:

1. «Historia de Schems-Eddin» (t. I);
2. «Historia de la Sultana Dugmé» (t. I);
3. «Historia de Cheref-Eldin, hijo del Rey de Ormuz, y de Gul-Hindy, Princesa de Tuluphan» (t. I, I, II y III Cuarto de Hora<sup>28</sup>; VII-VIII, XI-XIII);
4. «Historia de la Sinadab, hijo del Médico Sazán» (t. I, III-VII C.);
5. «Historia de Badour el Pacífico, Rei de Caor» (t. I, VIII-XI C.);
6. «Historia de los tres Corcovados de Damasco» (t. I, XIII-XIX C.);
7. «Historia de Outzim Ochantey, Príncipe de la China» (t. I, XIX-XXVII C., XL-XLIII y XLVII-XLIX C.);
8. «Historia de Gulguli-Chemamé, Princesa de tesis» (t. I, XXVII-XXX C.);
9. «Historia de Boulamán-Sang-Hier, príncipe de Achém» (t. I, XXX-XXXI C. y t. II, XXXIX-XL C.);
10. «Historia de Satché-Cara, princesa de Borneo» (t. I, XXXII-XXXV y t. II, XXXVI-XL, C.);
11. «Historia del Centauro azul» (t. II, XLIV-XLVI, C.);
12. «Historia de Biceg-el-Asná» (t. II, XLVI-XLVIII, C.);
13. «Historia de Alcouz, de taher, y del Molinero» (t. II, XLIX-LVIII, C.);
14. «Historia de Faruk» (t. II, LVIII-LXI, LXIX-LXXIV C.);
15. «Aventuras del viejo Calendario» (t. II, LXI-LXV C.);
16. «Aventuras del Calendario mozo» (t. II, LXV-LXIX C.);
17. «Vuelta y aventuras del médico Abubeker» (t. II, LXXIV C.);
18. «Historia de Cebd-el-Caton» (t. II, LXXIV C.);
19. «Aventuras del árabe Aben-Azar» (t. II, LXXIV C.).

Como puede comprobarse, a excepción de la narración marco, las historias que más se dilatan –al tiempo que se interrumpen por la intervención de algún

<sup>28</sup> A partir de aquí en este listado abreviaré Cuarto de Hora por C.

personaje que se vuelve nuevo narrador interno— son «Historia de Cheref-Eldin, hijo del Rey de Ormuz, y de Gul-Hindy, Princesa de Tuluphan», la «Historia de Outzim Ochantey, Príncipe de la China», la «Historia de Gulguli-Chemamé, Princesa de Tesis», la «Historia de Boulamán-Sang-Hier, príncipe de Achém» y la «Historia de Faruk».

Precisamente, al comienzo de la primera de estas historias largas, la de Cheref-Eldin, justo cuando Ben-Eridoun interrumpe el relato, pues acaba de llegar el esclavo negro encargado de avisar al rey que ha culminado el cuarto de hora que dedica a su entretenimiento, el narrador, al igual que sucede en el original de Gueulette, advierte (pág. 59):

Es cierto, que en el original arábigo están divididos los Mil y un Cuartos de Hora, pero yo he juzgado a propósito cortar todo lo que se sigue, y precede la narración de Ben-Eridoun, persuadido, que el Lector leerá estos Cuentos con más gusto, que si estuvieran interrumpidos por repeticiones continuas, en las cuales es casi imposible dejar de caer.

Y así, para el resto de los relatos el narrador y el traductor optan por dejar a cada uno de los protagonistas que refieran sus respectivas historias, sin apenas interrupción ni intervención si quiera de Ben-Eridoun, que solo a veces viene a recordar su condición de narrador de todas las historias con que entretiene al rey.

Pero, cómo son estas historias que aquí se intercalan, qué tipo de diversión ofrecen al rey y al lector de Sequeiros. Pues bien, los *Cuentos tártaros* presentan un mundo que apenas había sido entrevisto por los lectores españoles del siglo XVIII. Es cierto que algunas novelas de corte bizantino trasladaban su escenario al oriente, de modo que tal vez bien por estas lecturas, bien por los relatos de viajes, regiones como la de Astrakán no fueran del todo ajenas, pero no se trata solo de un espacio exótico, sino de un mundo maravilloso, mágico, que aparece poblado de todo tipo de criaturas sobrenaturales desde la primera de las narraciones que hilvana Ben-Eridoun. Mundo que sí era más cercano al lector del XVI o del XVII, pero que es rechazado por supersticioso en este siglo. Efectivamente, la «Historia de Cheref-Eldin, hijo del Rey de Ormuz, y de Gul-Hindy, Princesa de Tuluphan» se presenta como el resultado de las disputas entre los genios del bien, presididos por el Gran Geoncha y los del mal, dirigidos por el maligno Zloúloú. Así, Geoncha ha decidido proteger a los reyes de Tuluphan e incluso lograr que Riza pueda concebir un hijo de su esposo, Mochzadin. Cuando nace la princesa Gul-Hindy Geoncha vuelve a visitarlos para anunciarles que la casará con el hijo del Rey de Ormuz, pero que hasta los dieciséis años no podrían conocerse pues la princesa se pondría al borde de la muerte. El genio Zloúloú decide intervenir e intercambia a los recién nacidos y amenaza a las respectivas amas para que no adviertan del cambio.

El relato prosigue contando cómo Gul-Hindy crecerá vestida de hombre mientras Cheref-Eldin lo hará vestido de mujer, hasta que harto de su destino el joven Cheref-Eldin logra escapar de su casa y vivir mil desventuras, que lo harán naufragar. Tras llegar a una isla y cuando está a punto de ser infamado por un Gigante que lo cree mujer, encuentra a Gul-Hindi vestida de hombre y ambos jóvenes, que se profesan mutua simpatía aun sin conocerse, deciden unir sus caminos. Así llegan a un palacio donde son hospedados por el Badour el Pacífico, Rey de Caor. La noche hace que los jóvenes se reencuentren y que, de forma imprevista, Cheref-Eldin dispare una flecha, a quien luego descubre es la doncella Gul-Hindi. En ese momento hace su aparición el maligno Zloúloú que se lleva a la princesa. Cuando Cheref-Eldin está a punto de atravesarse con su sable, lo detiene Geoncha y, tras revelar su verdadera identidad, lo conduce a un palacio donde le explica que debe robar el anillo de Salomón a Zloúloú, ayudándose de un licor que hace perder la memoria a quien lo beba. Para ello lo transforma en una hermosa mujer y lo deja cerca del retrete del malvado genio. Cheref-Eldin consigue su propósito y entrega el anillo a Geoncha, que decide visitar a Zloúloú. Este lo desafía y Geoncha lo mata sin dificultad, de modo que, tras volver a su verdadera forma a Cheref-Eldin, marcha a liberar a Gul-Hindy, para inmediatamente después llevarlos al palacio del rey de Tuluphan.

Desde nuestra óptica actual, se trata de un nuevo cuento fantástico, sobre el tema del amor, en el que el lector asiste a varios desplazamientos entre ellos un viaje por mar –a un espacio que se sitúa en un plano de contigüidad–, que le permite comparar dos mundos que se rigen por leyes muy diferentes, el suyo ordinario –próximo o lejano al del personaje protagonista, pero al menos comprensible en su lógica– y el del destino del viaje, donde el protagonista asiste y participa de unos hechos que percibe, al menos, como insólitos y prodigiosos.<sup>29</sup> Aunque también cuenta con la intervención de Geoncha, la «Historia de Badour el Pacífico, Rey de Caor» transcurre casi hasta el final en un espacio de realidad. Efectivamente, Caor y su esposa, entre varios hijos tuvieron a los más jóvenes Abauzir y Dájara, que nacieron el mismo día y también a Saletk el violento y a Hazén, dos jóvenes que no tenían reparo alguno en cometer cualquier fechoría para conseguir satisfacer sus deseos. Un día, ambos muchachos llegan al estado del rey Rusang-Gehun, cuya joven esposa Guhullerou enamora a Saletk. Este logra convencer a su hermano para matar juntos al rey y secuestrar a Guhullerou, pero son sorprendidos sin poder secuestrar a la bella. Guhullerou, acompañada de su hermano el príncipe Kahia, y algunos hombres, sale en busca de los asesinos de su esposo, y lograr darles muerte para vengar a su marido. No contenta

---

<sup>29</sup> Cf., Antonio Risco, *Literatura y fantasía*, Madrid: Taurus, 1982. También del mismo autor, para este modelo de cuento fantástico, *Literatura fantástica de lengua española*, Madrid, 1987, págs. 153-169.

con esta venganza, amenaza con matar a toda la familia. Los jóvenes Abauzir y Dájara salen en su busca para tratar de evitar tal injusticia, y en su ayuda, buscan a Geoncha. Este se halla sepultado en una cisterna donde había sido arrojado por Zlóúloú y al ser liberado se compromete a ayudarlos. Para ello reduce su tamaño y se encierra en una cajita de oro y cristal que Dájara debe llevar consigo. Cuando se produce el encuentro con Guhullerou, Dájara pide ayuda a Geoncha, quien no tiene grandes dificultades en convencer a Guhullerou de la injusticia que iba a cometer, pues la bella había empezado a tener algunas dudas. Geoncha no solo logrará impedir los nuevos asesinatos sino que inspirará el amor en los cuatro jóvenes y así, de regreso en el reino de Caor y una vez transcurrido el tiempo de luto, Guhullerou y su hermano Kahia se casan respectivamente con Abauzir y Dájara, para tranquilidad de Badour el Pacífico.

No son estos los únicos genios que aparecen en los *Mil y un Cuartos de hora*, y tampoco faltan los encantadores. Así la princesa Gulguli Chemamé (XXVII), hija del sabio rey de Tesis y nieta del encantador Zal-Reka, es objeto de la perfidia del encantador Bizeh el- Kasak, que después de matar a sus padres, la encierra en una torre ubicada en una isla en medio del mar Caspio, guardada por fantasmas que producen con sus venidas horribles tempestades. Su abuelo, el encantador, consigue al fin liberarla y poco antes de morir le avisa de que debe buscar a su libertador, que tendrá un dedo menos. Gulguli Chemamé emprende el camino y es apresada por un negro gigante, que a su vez será vencido por un enano de origen pigmeo. De nuevo libre, se embarca en un navío y es apresada por el corsario Faruk. En el barco de este conoce a una joven indiana que le cuenta su desventurada historia, dando comienzo a la Historia de Satche-Cará, princesa de Borneo. Ésta sufre la pasión amorosa de un judío llamado Isaac Miel, quien, conociendo que su deseo no sería correspondido por la princesa de Borneo, decide recurrir a la Mágica Doubana para lograr su objetivo. Un velo será el instrumento que encienda una pasión desconocida en la princesa que, no obstante, no logra arrebatarla del todo. Por otra parte, un anillo entregado por un pájaro será el remedio que haga desaparecer el río que le impedía llegar al palacio de Firnaz, el genio de la razón. Una vez allí, Firnaz le asegura que no son muchas las mujeres que suelen acudir a su palacio, pero que aunque no sea ella quien más lo necesite siempre la protegerá. Así, gracias a la intervención de Firnaz, logrará encontrar al príncipe que le estaba destinado.

La novedad de este tipo de historias maravillosas explica por qué Sequeiros debe recurrir al galicismo «*Fees*» para designar a las hadas que junto con los encantadores, genios y otros espíritus de naturaleza similar debían reunirse una vez al año en una gruta de la Conchinchina. También denomina así al hada o «*fée*» Muladina, protectora de Boulamán-Sang-Hier, príncipe de Achém (t. I, XXX-XXXI C.). Esta es nuevamente una historia de amor protagonizada por el pigmeo príncipe Achém y su hermana la gigante y hermosa Agazir que, cuando

está a punto de casarse con su enamorado Bádém, es convertida en mármol por el cruel Cosaib. Boulamán-Sang-Hier sale en busca del enemigo para salvar a su hermana, pero Cosaib ha encantado el lugar para que aquellos que traten de llegar al país de Serendib, donde viven, sientan una sed tan poderosa que los atraiga a una fuente que les hace perder la razón. En su búsqueda, el príncipe de Achém encuentra en un canal una tortuga, que resulta ser un hada atrapada que le concede un don. Boulamán-Sang-Hier le cuenta su historia y el hada le entrega un sable mágico para pelear con Cosaib y en el camino se encuentra con la princesa Gulguli-Chemamé, cautiva del malvado, a quien libera. Tras esto y, a pesar de los ruegos del príncipe de Achém, que se ha enamorado de Gulguli-Chemamé, ésta sigue su periplo marino en busca del libertador que le está destinado.

La historia culmina ocho cuartos de hora después, cuando el barco del corsario Faruk, en que se halla embarcada Gulguli-Chemamé con Satché-Cara, princesa de Borneo, es apresado por un valeroso negro que resulta ser el príncipe de Achém. Boulamán-Sang-Hier, ante su sorprendido auditorio, cuenta que, desesperado por la marcha de Gulguli-Chemamé, trató de suicidarse arrojándose al canal en que había liberado al hada Muladina. Cuando se creía muerto, se halló en el palacio de cristal de Muladina que, al no tener poder suficiente para enamorar a Gulguli-Chemamé de él, le enseñó «en un hielo encantado las personas más hermosas del Universo», quedando impresionado al ver a la bella Satché-Cara. El hada, al ver el efecto que había producido la visión de la princesa de Borneo, le hace beber un licor que transforma su cuerpo y lo convierte en un ser bien proporcionado y con la misma hermosura que tenía cuando era enano. El hada, después de depositarlo en una nave dorada, lo envía a salvar a las dos bellas princesas. Cuando Satché-Cara se muestra dispuesta a recibir al príncipe como esposo, aparece la nave mágica del hada Muladina, acompañados del rey y la reina de Java (LX), que los lleva a Borneo, donde se casan.

Ahora bien, aunque el marco narrativo aparece debilitado, tal como suele ocurrir en las colecciones narrativas de los siglos xvii y sobre todo en las del xviii y comienzos del xix, considero que los relatos no solo cumplen con el objetivo de divertir al rey, sino que su inclusión obedece, de alguna manera, a ese objeto moral, a esa función doctrinal que era ineludible en las colecciones medievales y que tanto el autor como los censores se encargan de subrayar en los meta-textos que abren el libro. Por eso, llegados a este punto, me parece interesante examinar el papel que la virtud de las mujeres desempeña en la colección que traduce Sequeiros y compararlo con el que tiene en las *Mil y una noches*. En este sentido, es conocido que las historias que narra Sherezade deben persuadir a Shariar de que es posible encontrar mujeres virtuosas, como quedará patente cuando, al cabo de tantas noches, Sherezade le muestre a su esposo los tres hijos que ha engendrado con ella y este se dé cuenta de la equivocación que

ha cometido al juzgar por igual a todas las mujeres. En el caso de las historias que se incluyen en los *Cuentos tártaros* hay ejemplos y contraejemplos de la virtud de las protagonistas. Trataré de examinar cuáles predominan y por qué.

Si en las historias maravillosas que acabo de resumir predomina hasta ahora el retrato de la mujer virtuosa, en la «Historia del Centauro Azul» puede encontrarse cierto contrapunto. Esta enlaza con la aventura de la princesa de Tesis, Gulguli-Chemamé, quien, vestida de hombre, sale en busca de su enamorado, Outzim-Ochantey, príncipe de la China, que había marchado en busca del perseguidor de la joven. Ésta, por oponerse a los deseos de la mujer del rey de Nanquín –que lo cree joven apuesto, y fácil de cortejar– es enviada a capturar al monstruoso centauro azul, terror de la población. Tal centauro no será sino un encantador que, finalmente, devolverá al príncipe Outzim-Ochantey, sano y salvo, a los brazos de su padre y de su amante. Así, este cuento de amor reúne varios tópicos subsidiarios al tema principal, como el del travestismo mujeril, el intento de conquista por parte de una mujer infiel, casi diabólica, que, como Putifar, tratará de hacer creer al rey que ha sido ella la víctima de una supuesta seducción, y, finalmente, la intervención del sabio «unicornio», por cuya mediación se logra el descubrimiento de la verdad, el regreso del príncipe y la ejecución de la esposa traidora. Como historia maravillosa que es, responde, por otra parte, a una visión optimista y refleja, por tanto, la moral ingenua de los cuentos populares en virtud de la cual «los buenos son recompensados y los malos son castigados».<sup>30</sup> Así, aunque aparece el ejemplo de la mujer fatal, de la mujer perversa, el reencuentro de Outzim-Ochantey con una enamorada que ha sido capaz de exponer su vida y de mantenerse fiel resuelve positivamente la imagen de la mujer.

Otro cuento más contiene un relato de traición femenina. Se trata de la «Historia de Alcouz, de Taher, y del Molinero», pero en este cuento, entreverado de ingredientes cómicos, la mujer no es la única infiel. Efectivamente, la historia parte de la relación afectuosa de Alcouz y Taher, que rompen su amistad debido a la traición de este último, que se escapa con Lira, la esposa de Alcouz. Lo que podía haber acabado en tragedia tiene, no obstante, un desenlace agridulce, pues los dos amigos se encuentran al cabo del tiempo y descubren no sólo que Lira no ha sido fiel a ninguno, lo que podría ser esperable en este tipo de cuentos orientales de tradición misógina, sino que, además, tampoco ellos mismos lo han sido con sus subsiguientes parejas. Precisamente la ocasión del reencuentro ha sido el compartir –ignorándolo ambos– los favores de una misma molinera que, por cierto, no ha dudado en engañar a su esposo. Después de varios lances en los que corren nuevas aventuras amorosas, los dos amigos aceptan convivir

---

<sup>30</sup> Cf., Claude Bremond, «Les bons récompensés et les méchants punis. Morphologie du conte merveilleux français», en C. Chabrol, *Sémiotique narrative et textuelle*, París: Larousse, 1973, págs. 96-121.

con sus respectivas esposas, al admitir tanto la debilidad de sus cónyuges como las propias, de modo que se ven abocados a sobrellevar un futuro incierto, lleno de celos y sinsabores.

Otra más se incluye en la «Historia de Sinadab, hijo del médico Sazán», ejemplo, por otra parte, de relato que, como advierten Gueulette y su traductor Sequeiros, se ofrece de forma ininterrumpida, desde el III cuarto de hora hasta el VII, lo mismo que más tarde se narrará sin interrupción, entre el octavo cuarto de hora y el décimo tercero, la «Historia de Badour el Pacífico, Rei de Caor». La de Sinadab es también una historia compleja cuyo significado conviene examinar detenidamente. Ante el travestido y asombrado príncipe Cheref-Eldin, su anfitrión, Sinadab promete contar la historia de su vida que, por otra parte, si bien se expone en primera persona, no se reproduce directamente, sino mediante la intervención de Ben-Eridoun que anuncia: «Veis aquí, señor, prosiguió Ben-Eridoun, de la manera que Sinadab la contó». Aunque el propósito de esta nueva historia vital no es evidenciar únicamente lo poco confiables que son las mujeres, sino la obligación que tienen los hijos de obedecer y respetar a sus padres, también aquí se muestra la deslealtad de una mujer, pero enmarcada en otros peligros contra los que el médico Sazán había advertido a su hijo: la inconstancia del favor de los príncipes, la indiscreción de algunas mujeres, incapaces de mantener un secreto y la ingratitud de hijos ajenos que son criados como propios.

Lo cierto es que Sinadab, después de desoír las pretensiones de su padre para que siguiera su carrera y de echar en el olvido los peligros contra los que su padre le había avisado, desoye también sus consejos sobre la economía a que debía atenerse, para no malgastar la fortuna que Sazán le había legado. Así, Sinadab pierde toda la herencia paterna, a excepción de un pequeño jardín que Sazán le había prohibido vender, de modo que termina por entrar de halconero al servicio del Rey de Adel. Este, prendado de sus virtudes, termina por nombrarlo visir y ofrecerle la mano de una de sus tres hermanas. Sinadab elige a la más joven, Bou-Zem-Ghir, no sin antes asegurarse de que lo recibe como esposo por su propia voluntad. Pronto la joven esposa queda encinta, pero sufre un aborto, tras una caída y, como pasados cinco años de la boda, se declara que la joven no podría ser madre, Sinadab se dejó convencer para adoptar a Roumy, el hijo de una esclava.

Un día, Sinadab, harto de escuchar las quejas que su esposa profería contra el Rey, que tantas horas lo seguía manteniendo a su lado para compartir con él sus ocios de cetrería, decide poner a prueba a su esposa, para ver si es capaz de guardar un secreto. Sinadab le confía haber dado muerte al halcón favorito del Rey y le pide guardar silencio, pues sabe que el Rey ordenará ejecutar al matarife de su animal. Cuando el Rey, airado por la pérdida de su halcón, ofrezca una recompensa a quien le informe de lo ocurrido con él, Bou-Zem-

Ghir no tardará en acusar a su esposo y por ello recibirá la mitad de la fortuna del desventurado Sinadab, pero no será éste el único desengaño que reciba el esposo. El Rey de Adel ofrece como recompensa al verdugo de Sinadab la otra mitad de su fortuna y es el joven Roumy quien se ofrece como ejecutor suyo. Sinadab es salvado por un amigo a quien había entregado el verdadero halcón del rey, con lo que se descubre su inocencia, la perfidia de su esposa –enamorada de otro visir más hermoso– y la vileza de Roumy. Ambos serán decapitados y el Rey de Adel le pide perdón por su falta y le insiste para que permanezca a su lado. Pero, aprendida la lección, Sinadab decide embarcarse con dirección a Suez, con todas sus pertenencias y la pedrería que le ofreció el rey antes de partir. Sinadab sufrirá entonces una tempestad, que lo devolverá a su patria en la más absoluta miseria. La previsión de su padre hará, no obstante, que, cuando más desesperado estaba, a punto ya de ahorcarse, descubra que su padre había adivinado que su mala economía y su desobediencia lo llevarían de vuelta a su casa y a la miseria, pues había previsto que trataría de suicidarse y la trampilla de la que cuelga la soga, cede al tiempo que revela un desván con inmensas riquezas. Cinco años después, Sinadab es un hombre sabio y económico, que ha encontrado la felicidad con la bella Roukia, «la que de mis mujeres me agrada más, y tiene más mérito», y con ella se ha embarcado de nuevo hacia Surate, para traer con ambos a las dos hermanas de Roukia, a quien le hace recordar en cada comida «la sumisión y respeto que los hijos deben tener a sus padres».

La historia de Faruk, que es en realidad príncipe de Gur, se ve interrumpida por las «Aventuras del viejo Calendario» y las «Aventuras del Calendario mozo». La historia refiere cómo supo junto a sus tres hermanos, hijos de otras tantas sultanas del rey, que él estaba predestinado a reinar, así como los celos que estos concibieron, hasta el punto de abandonarlo una noche en un desfiladero donde solían reunirse unas serpientes monstruosas. Un genio lo salva y Faruk regresa a Gur, pero sus hermanos traman nuevos intentos de evitar que reine. Finalmente, el pueblo decide que el primer visitante que llegue a Gur elegirá al nuevo rey. Así, el que llega es el viejo Calendario, que pide a los hermanos disparar una flecha al corazón del difunto rey. Así lo hacen, a excepción de Faruk, que prefiere renunciar al trono antes que atentar contra el cadáver de su padre. Faruk resultará elegido rey, pero no llevaba tres meses ejerciendo cuando los hermanos con seis mil hombres, muchos de ellos ladrones de Arabia, arrasaron Gur. Faruk defendió con valentía a su pueblo, pero viendo tanta muerte a su alrededor, decidió ocultarse y huir para evitar mayor derramamiento de sangre. Así es como se encuentra con los calendarios y decide adoptar su modo de vida. En el camino, Faruk estuvo a punto de ser ajusticiado por el cadí de Ormuz que lo creía el asesino de Almaz. Sin embargo, un anillo es la prueba que demuestra que él no había cometido el crimen sino el hijo del cadí. Este, después de hacer justicia y mandar ejecutar a su propio hijo, decide prohiar a Faruk.

De las historias de los dos calendarios, en la primera se vuelve al tema de la infidelidad femenina, pero aquí expuesto de forma muy diferente. El viejo calendario era en su mocedad un hombre tan celoso que no dudaba en encerrar con llave a su mujer cuando salía de casa. Su madre y el dervís que lo había criado traman un enredo para hacerle ver que, si su hermosa mujer Dgen-giari-nar no hubiera sido virtuosa y no hubiera estado tan enamorada de él como para soportar sus excentricidades podría haberlo engañado, pues la casa en que vivían tenía un pasadizo a la vivienda vecina que él desconocía. Finalmente, aprendida la lección termina por confiar en la virtud de su esposa. Así lo hará durante más de treinta años en los que, después de haber perdido a su madre y al dervís, a su esposa y a sus hijos, se entrega al deshonor y a la mala vida y al cabo de dos años queda en la miseria y cargado de deudas. Decide vender lo que le queda y vestir un hábito de calendario con el que lleva más de 30 años cuando conoce a Faruk. Lo más interesante del relato, además del ingenio para hacer reaccionar al esposo es que, cuando el Dervís le advierte de que «No hay invención que no se halle para engañar a un celoso» y que lo más seguro es confiar en la virtud y fidelidad de la mujer, añade un comentario que incide en la excepcionalidad de esta historia:

Yo sé bien que esta máxima no está bien admitida en el Oriente; pero una cosa es vivir según el uso ordinario, que quiere que las mujeres no parezcan bien en público, o el tratarlas con la desconfianza injuriosa que vos habéis usado con Dgen-giari-nar.

Lo que trato de probar es que la mayor parte de los cuentos que se contienen en esta colección se suma a esa misma excepcionalidad, al ofrecer una enseñanza rara vez misógina.

Prosigue luego la historia del príncipe de Gur que cuenta cómo cuando muere el cadí, Faruk vende todas sus propiedades para armar un navío que le permita correr nuevas aventuras. Así se hace corsario y apresa los barcos de las princesas de Thesis y de la de Borneo. Una noche Gulguli-Chemamé cae al agua, mientras él dormía y pierde esperanzas de volver a encontrarla, pero una noche tiene un sueño en que se le avisará de que otra mujer le está destinada. En el último cuarto de hora, se contiene el desenlace, junto con nuevas historias que distan mucho de ser misóginas. En primer lugar, Ben-Eridoun termina en unas cuantas frases el relato del príncipe corsario Faruk, que se casa con la hija de Celabdin, rey de Divandourou, que tanto se parecía a Gulguli-Chemamé. El narrador asegurará que, «casado con la bella Gerun, después de haber llorado la muerte de Celabdin, pasó sus días con su ilustre esposa en una felicidad digna de envidia, dejando príncipes herederos, que hasta hoy reinan en las islas de Divandourou». De modo que este cuento es también un canto a la virtud de las mujeres y tal

vez no es arbitrario que sea precisamente el que sigue a las historias de Alcouz y Taher. Es decir, parece como si el autor tratara de concluir que la infidelidad de Lira es respuesta y consecuencia de la propia indignidad de los varones.

Tras esta, se reanuda la de Cebd-el-Caton, pero en medio se inserta otra trágica historia de amor, muy relacionada con el cuento marco. Se trata de las «Aventuras del árabe Aben-Azar», protagonizadas por el hijo de un joyero, que tiene a su vez un colega e íntimo amigo, Samán, padre de la hermosa niña Abardam. Ambos jóvenes crecen juntos y son animados por sus respectivos padres a alimentar su amor y a ver en el otro la pareja que se les tiene destinada. Un enemigo de ambos consigue acabar con la amistad de los joyeros y casar a Abardam con su hijo Ilekham. La hermosa Abardam no logra olvidar a Aben-Azar y no cumple los deberes conyugales que le exige Ilekham. Aben-Azar tampoco es capaz de dejar de pensar en ella y decide ir a casa de Ilekham, que sorprende a ambos y asesina a su esposa. Aben-Azar logra huir y se une a una banda de ladrones a fin de lograr su venganza. Poco tiempo después, Aben-Azar y los ladrones raptan a Samán y a Ilekham, para conseguir de ellos un billete que les obligue a entregar a los ladrones toda su riqueza. Aben-Azar descubre luego al jefe de la banda su verdadera identidad y este le invita a tomar venganza en las personas de sus enemigos. Aben-Azar, efectivamente, asesina a Samán y a Ilekham y luego se ve obligado a continuar con la banda de ladrones, hasta que se encuentran con la caravana en que viajaban Cebd-el-Caton y su esposo. Aben-Azar aprovecha esta circunstancia para alejarse de la banda con el pretexto de arrojar el cadáver al río. Cebd-el-Caton, vuelta en sí de su letargo, acepta la oferta de Aben-Azar de acompañarla en su camino y servirla, para purgar así la crueldad con que trató a sus enemigos.

Luego se cuenta el regreso de Abubeker, acompañado de una mujer, cubierta de un velo, que es la portadora del líquido que debe devolver la vista a Schems-Eddin, como efectivamente sucede. No obstante, la maravilla no termina aquí, pues, al descubrir el rostro de la dama, ve el de Cebd-el-Caton, su esposa, a quien creía difunta. Ella le desvelará que su muerte no había sido tal, sino un letargo. A continuación narra las desventuras que ha debido sufrir y las acechanzas amorosas de que ha sido objeto, hasta llegar de nuevo a su presencia. De esta manera, su historia evidencia que sí existen mujeres capaces de mantenerse fieles y puras en su matrimonio, algo que resulta palmario tras superar la prueba del ascenso y descenso del árbol mortal donde reposaba el pájaro mágico. No en vano, como explica el relato, su nombre significa Flor de las Damas y es reflejo «del dote de las Damas del Paraíso». El amor virtuoso que profesa a su esposo, y el que éste le tiene a ella, será el motivo de que sus herederos sean dignos de la virtud y la sabiduría de sus progenitores.

Por consiguiente, a pesar de que en esta colección el marco novelesco está debilitado, pues las narraciones terminan por sucederse para entretener una espera

y en absoluto se recuerda la amenaza de muerte que pesa sobre Ben-Eridoun, parece que las distintas narraciones sí ejemplifican la fe que el príncipe debe tener en su esposa. Es más, es a través suya que le llega la luz, la salvación, es decir, el conocimiento. Hay que tener en cuenta que si en el corazón reside la inteligencia, la ceguera puede implicar desconocer las apariencias engañosas del mundo y acceder en cambio a la realidad secreta, pero también puede ser el castigo por la impiedad y se la relaciona con el mundo diabólico, aquí representado por el cuñado que ha matado a la madre y hermanos de Schems-Eddin, por eso, el tiempo que transcurre hasta la vuelta de Cebd-el-Caton es el necesario para purgar la impiedad cometida al haber asesinado a su padre y el relato de las diferentes historias es el modo en que va adquiriendo el saber necesario para aprender a gobernar, de forma justa, sabia y prudente.

Si mi lectura fuera correcta, cabría entonces destacar que los *Cuentos tártaros* suponen una ruptura moderna de la tradición misógina de la cuentística oriental, que sin embargo aún pervive en la literatura occidental de estas centurias. En realidad, dicha ruptura alcanzaría cotas mayores, dado que la literatura dieciochesca de la primera mitad del siglo sigue estando marcada en occidente por su misoginia. Rasgo literario y cosmovisión contra los que muchas mujeres de la Ilustración tratarán de batallar a lo largo de su vida con sus propias obras. Habrían de pasar algunas décadas para que las mujeres se atrevieran a reescribir esos personajes cortados por el patrón de la domesticidad masculina, encorsetados por el discurso moral que muy ligeramente, y por breve tiempo, se irá rompiendo en la década de los ochenta, para volver a cerrarse en el siglo XIX.

En fin, de los diecinueve cuentos reunidos en esta colección todos, a excepción de las «Aventuras del Calendario mozo» —aquí el joven disfrazado de calendario cuenta las increíbles estratagemas que tiene que idear para sobrevivir a las asechanzas de unos criminales—, y la «Historia de los tres corcovados de Damasco», que muestran las desventuras que les suceden a estos tres hermanos a causa de su fealdad y del carácter violento de uno de ellos, desarrollan una historia de amor, o bien de desamor y sufrimiento, como podría calificarse la «Historia de la Sultana Dugmé». Estos tres cuentos, por cierto, transcurren en un plano de realidad, sin intervención de elementos maravillosos, puesto que el astrólogo que lee el horóscopo al rey de Astracán no exhibe ningún tipo de magia, como tampoco puede considerarse mágico, aunque sí extraordinario, el doble parto de la sultana. En este mismo plano de realidad se suceden las historias de Sinadab, la «Historia de Alcouz, de Taher, y del Molinero», las «Aventuras del Viejo Calendario» y las «Aventuras del Árabe Aben-Azar». El resto, como he ido señalando, se mueven en el ámbito de lo maravilloso.

En la «Historia de Faruk», además del auxilio del genio, que lo libera del ataque de las serpientes monstruosas, interviene una presencia maravillosa, la de la sombra de Almaz, pero esta aparición está asociada a la religión mahometana.

Como indica el texto, si Almaz se le aparece después de muerto para avisarle de que sus asesinos quieren ahora su muerte, se debe a que Almaz ha venido a recompensarlo por haber enterrado su cadáver y haber entregado a los asesinos su única riqueza, un anillo de oro, a cambio de que no descuartizaran el cuerpo. Similar explicación tiene la segunda aparición en sueños para revelar que se casará con la bella Gerun, muy parecida, por cierto, a Gulguli-Chemamé, de quien Faruk se había prendado. Así el amor es la recompensa a sus buenas acciones y con ella se subraya nuevamente la felicidad que el hombre puede conseguir al lado de una mujer virtuosa.

Finalmente, la vuelta de Abubeker y el efecto del licor que trae Cebd-el-Caton cierran esta colección, pero, además del prodigio de que Schem-Eddin recupere la vista y el conocimiento, el texto se cierra con el siguiente deseo expresado por el viejo médico:

Quiera el cielo oír mis ruegos, para que vos os gocéis, Señor, con esta incomparable Princesa, de una felicidad, que no sea interrumpida, ni por las enfermedades, ni por la vejez; y que Dios, determinado un día sobre vuestro amor, el dote de las Damas del Paraíso, ellas pongan su felicidad en ser amadas de vos, como lo es hoy la divina Cebd-el-Caton.

Y así culmina su relato el narrador:

Los deseos de Abubeker, que acabó así su historia, tuvieron entero efecto, el feliz Schems-Eddin, después de haberle hecho muchos beneficios, como también Aben-Azar y Ben-Eridoun, vivió con su esposa en una unión dulcísima, de la cual tuvieron muchos hijos, dignos herederos de su virtud. Y hasta casi en el estado decrepito sintieron el uno por el otro aquellas ternuras de amor, que solo se hallan en los mozos.

En fin, creo que los *Cuentos tártaros* añadían a su sabor oriental, a su exotismo y promesas de un mundo maravilloso, en que solazarse y distraerse de los sinsabores de la vida real, una lección sobre la felicidad humana, más al alcance de cualquiera, al explicar de qué modo el amor contribuye a la dicha y cómo ésta solo puede ser una recompensa a la virtud. En fin, un paraíso al que sin duda los lectores del XVIII cobraron una afición que fue también la causa de que la obra se reimprimiera en 1789<sup>31</sup>, se reeditara en 1796, ahora por un

---

<sup>31</sup> En el Catálogo Colectivo de Patrimonio Bibliográfico se documenta un ejemplar en el Archivo Histórico Municipal de Castellón de la Plana (2462), encuadernado en pergamino, con exlibris de Gabriel Pelecha y Pont. Mientras, en la Biblioteca de Navarra (FA/7737) se halla un ejemplar encuadernado en pasta, con ex-libris de Nicolasa Andueza. Así como un ejemplar del primer tomo en la Biblioteca de Oviedo.

---

desconocido D. F. A. D., que añade la *Historia y aventuras de los siete viajes que hizo el famoso Sindad el Marino*<sup>32</sup>, y se reeditara en 1802, y en 1820. Todo ello, a pesar de que, curiosamente, la traducción de Sequeiros no oculte las referencias a la poligamia que, eso sí, tampoco aparecen en primer plano en la narración de los cuentos, lo que tal vez explica que dicha costumbre no impidió que los lectores, fueran de la condición y sexo que fueren, se convirtieran en cómplices de los relatos referidos.

---

<sup>32</sup> Del segundo de estos viajes he ofrecido una edición en mi antología, *op. cit.* (2005), págs. 249-255.

